

LA BARBARIE BOLIVARIANA EN VENEZUELA

Autor: Pablo E. Victoria Wilches (Historiador, economista, Ex Senador y Congresista de la República de Colombia)

La barbarie apareció en Venezuela y se extendió como una mancha de aceite por los demás reinos. El 16 de septiembre de 1810 el cura Miguel Hidalgo y Costilla, masón y apóstata, se lanzaba a la guerra con una tropa compuesta, principalmente, por indígenas bajo el grito de «*Viva la Virgen de Guadalupe, muerte al mal gobierno y abajo los gachupines*», que fue como comenzaron a llamar a los españoles. Si en la Nueva Granada iba a haber barbarie, ninguna sería tan feroz ni de alcances continentales como la que ocurrió en Venezuela, paradigma y centro de todo el movimiento telúrico que sacudiría la totalidad de la América española.

No bien se había declarado la Independencia en Caracas, la ciudad de Valencia respondía con una secesión del resto del país, anunciada en una proclama a favor de los derechos del Rey. La bandera real fue izada el 11 de julio de 1811 acompañada de un manifiesto que decía: «*Valencia, la fidelísima Valencia, ha recuperado la libertad que perdió el 19 de abril*». Caracas reaccionó enviando un contingente al mando del Marqués de Toro, quien fue derrotado en la refriega. Luego enviaron a Miranda, más ducho en las artes militares. La rindió el 13 de agosto. El mismo 11 de julio se alzaron los canarios realistas de la provincia de Caracas bajo el grito de «*¡Viva el Rey! ¡Abajo los traidores!*», pero fueron sometidos y fusilados. Los traidores comenzaron a ser otros, aquellos leales al Rey. Siempre ha sido así, según quien apunte el rifle.

Lo importante de anotar es que tales fusilamientos fueron los primeros en la larga y dolorosa historia que sobrevino. Esto contrastaba vivamente con la clemencia mostrada por don Carlos IV, cuando perdonó a los insurrectos que en 1797 se proponían destruir el gobierno existente en Venezuela. La libertad se convirtió en miedo; todo el mundo temía reunirse para lo que fuera. Hasta las fiestas familiares resultaron sospechosas. Las cabezas de los reos se ponían en picotas para escarmiento con letreros alusivos a la traición a la nueva patria. A la media noche comenzaban las rondas de capturas y en la mañana sucedían las ejecuciones, sin otra fórmula de juicio que «*fusilen primero, que la orden llega después*». Todos temían la caída de las sombras.

Hacia octubre de 1811 desembarcaba el comandante Monteverde en la realista Coro con un destacamento de 120 soldados para reforzar la plaza. Era lo único que en materia de auxilios Puerto Rico podía enviar. Al año siguiente, el 21 de enero de 1812, llegaban a Puerto Rico 4.000 hombres que, contra el parecer de Inglaterra, enviaba España a sofocar las revueltas en Méjico. España comenzaba a desangrarse interna y externamente. El caos ya se había extendido por todo el territorio venezolano, aunque el occidente era todavía sólidamente realista y se aprestaba a dar la batalla por el Rey.

Como contraparte, surgía en Venezuela Torrellas, un cura realista, párroco de Siquisique y de San Miguel, quien había prometido someter a los rebeldes. Con la ayuda de Monteverde, Siquisique alzaba el pabellón real y lo aclamaba como a un libertador. Monteverde avanzó hacia Carora y se apoderó de la plaza. La guerra *contra-independentista* comenzaba a ir bien cuando sobrevino el 26 de marzo de 1812 el más devastador terremoto que se recuerde. Era Jueves Santo y, por ello, muchos interpretaron el fenómeno como un castigo divino por los desmanes independentistas. Caracas, San Felipe, Barquisimeto, la Guaira y Maiquetía se estremecieron a tal punto que casi todas sus edificaciones se vinieron al suelo, incluidos los templos. En sólo Caracas y La Guaira perecieron 10.000 personas. La gente salió al campo en busca de refugio seguro contra los desplomes de lo que quedaba en pie. Y ni la horca se salvó, pues una pesada piedra de la capilla de Los Remedios rodó por la plaza y la derribó. Como la conmoción fue tan grande, las gentes salieron a pedir al Señor misericordia por sus faltas e imploraron a dos dominicos que hiciesen las debidas reparaciones por tales pecados. El rezo y la prédica de los frailes suscitó una violenta reacción de las autoridades que ahora estrenaban la incredulidad como arma del Estado, y fueron a parar frente a un pelotón de fusilamiento por orden de Miranda. La terrible noticia produjo un levantamiento popular y Miranda, amedrentado por la súbita reacción, dio una contraorden y los clérigos se salvaron. Uno de ellos tenía el nombre de Salvador García Ortigosa. Se quiso, entonces, obligar al arzobispo Croll y Prat a decir que aquello era un fenómeno natural y que nada tenía que ver con las opiniones políticas que se manifestaran. Pero el Arzobispo no cedió a tan absurda pretensión porque no estaba seguro de que el castigo hubiese sido por pecados morales o políticos y escribió para la censura oficial una homilía que no era ni *fu ni fa*. El Gobierno ordenó que se archivara la homilía por considerarla poco política e inconveniente por las ambigüedades que contenía. Es decir, la libertad significaba haber pasado de la censura eclesiástica a la censura estatal, mucho más severa y de consecuencias más alarmantes. Y he aquí que en medio de esta desolación apareció Bolívar quien, trepando por los escombros de la Catedral en medio de los quejidos de los heridos, el polvo de la muerte y el silencio de los sepulcros, gritó con impío acento: «*Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca*». Fue la homilía del Estado laicista y anticristiano, mucho más afín con los nuevos tiempos.

Aquellas fueron las palabras de aquel Napoleón venezolano que en todo quería imitar al odiado Corso, hasta en sus desafíos a la Divinidad, y a Nerón, para exterminar a los españoles.